

Todos los Julios el Julio

Julio Florencio Cortázar nació en Bruselas en septiembre de 1914, procreado por padres argentinos. Su itinerario vital, a partir de que su familia regresara al país cinco años después y se instalara en Banfield, incluye los siguientes hitos: Bolívar, Chivilcoy, Chacabuco, Mendoza, Europa (por supuesto, en particular París), un par de efímeros regresos a Buenos Aires. Murió en la capital francesa (desgra-



ciadamente, no en Boulogne-sur-Mer como, según dicen, se lo había propuesto) el doce de febrero de 1984, de leucemia y, se poetiza, de tristeza por la muerte de su última mujer, acaecida dos años antes.

Entre las diversas actividades que llevó a cabo en su vida, la que le dio fama no fue ni la de docente secundario y universitario (en nuestro país), ni la de traductor (en Europa). Julio Flo-



rencio Cortázar se hizo en realidad conocido, ampliamente, como escritor. El objeto de esta nota no es, básicamente, acumular consideraciones teórico-literarias propias o extrañas; casi podría decirse que esta nota es sólo una evocación sentimental y hasta afectuosa; y no porque importe lo que el que suscribe sienta, sino porque en ocasiones, y desgraciadamente, para arribar al escritor y a su obra, hay que pasar por el hombre (al cual el que firma ha arribado por medio de su obra).

Julio Florencio Cortázar ha sido, y es, sucesiva y simultáneamente vapuleado y condenado desde todos los costados políticos. Según el punto de vista, fue un intelectual demasiado refinado y abstracto para las masas por las que decía abogar; o un aterrorizado burgués ante las hordas populares ("Casa

Tomada"); o un apologista del terrorismo (Libro de Manuel); o un socarrón irrespetuoso que se burlaba de la revolución (Libro de Manuel); o un librepensador a ultranza, no comprometido más que con su ombligo (Rauwela); o un partidario y defensor de las revoluciones de Cuba y Nicaragua; o un escritor incomprensiblemente distanciado de Fidel Castro; o un activista que participaba en manifestaciones ante la embajada argentina en París contra el gobierno militar. Recordar es, en ocasiones, un ejercicio extremadamente subjetivo. Mi despreciable persona no escapa a esto. Recuerdo, por ejemplo, lo dicho en Revelaciones de un Cronopio acerca del peronismo inicial, respecto del cual Cortázar reconoce haberse portado con desprecio e incomprensión; o, en la misma serie de reportajes, el comentario acerca de ciertos militantes revolucionarios en



el exilio, con los que había trabado conocimiento y relación, respecto de los cuales decía que le inspiraba terror la idea de que llegaran al poder en sus países respectivos; o su postura inamovible en favor de la autodeterminación de las naciones, tanto en lo referente a Nicaragua, como a Polonia o a Afganistán. Las palabras de Jorge Luis Borges (un también famoso y reconocido escritor argentino), quien asentó contundentemente, en cierto reportaje, su posición al respecto, me parecen categóricas en lo que hace al desenlace de todo este ajeteo: "Julio Cortázar ha sido condenado, o aprobado, por sus opiniones políticas. Fuera de la ética, entiendo que las opiniones de un hombre suelen ser superficiales y efímeras".

A Julio Florencio Cortázar se lo ha llamado afrancesado. Algunos, quizás, envidien esta calificación. Lo cierto es que nuestro autor trató temas de raíz europea; soportó sobre sus hombros un nutrido bagaje cultural europeo; escribió, tal vez, con la esperanza (cumplida, no como en el caso de otros) de ser apreciado por intelectuales, o no, europeos; viajó y residió en países europeos. Esto, en todo o en parte, no lo diferencia de otros escritores argentinos. Tampoco lo diferencian (o sí) de muchos otros escritores argentinos su metafísica porteña, sus expresiones porteñas, su nostalgia y su melancolía porteñas, sus aso-

ciaciones porteñas, sus divertimentos porteños.

Las cuestiones ya mencionadas (políticas y gentilicias) han servido de pábulo para la crítica y el silencio por parte de ciertos sectores de la intelectualidad nacional. A aquellas se han sumado, a tal efecto, razones tales como las de que su obra, en gran medida, adolecería de insustancialidad, ingenuidad y/o de un hermetismo sin sentido. Asombrosamente, la obra de Cortázar ha sido, y es, consumida por gran cantidad de lectores. El éxito, obviamente, no prueba necesariamente la genialidad, pero tampoco la refuta (lo mismo podría decirse del fracaso). Oliveira pensó alguna vez, aforísticamente, algo así como que la genialidad es elegirse genial y acertar. Cortázar, sin duda, se eligió.

Finalmente, el librepensador, el lúdico, el propulsor del deseo, el intelectualoide, el festejador de las fiestas, el zurdo, el vagabundo nocturno, el reaccionario, el lujurioso, el metafísico, el alcohólico, el eternamente muchacho, tan polaroid, mirando a quien quiera mirarlo, con un cigarrillo colgando de los labios, u observando un cielo bajo, apoyando su espalda en el pretil de piedra de un puente sobre el Sena, envuelto en una probable luz de ceniza y olivo, quizás esperando a la Maga o meditando acerca de su kibutz del deseo; y el mismo eternamente muchacho

ardiéndose y ardiéndonos en un fuego sin color que corre en cualquier anochecer por cualquier calle de cualquier ciudad. Un eternamente muchacho que nos ronda libremente en esta jaula de golondrinas enfurecidas, a orillas de éste o de cualquier río, a cada mancha de vino en el mantel, a cada suspiro de la Maga o por la Maga, a cada berrido de Rocamadour, a cada ensayo de juego, a cada beso de cíclopes, a cada concepción en un embotellamiento.

Todo habitante sufre la limitación de lo inefable. Un escritor es un hablante que, a diferencia del resto, perdura en el esfuerzo por cruzar esa frontera. Una de las formas de ese esfuerzo es la prosa. En lo que hace a nuestra literatura, se podría decir que la prosa de Borges es la más perfecta; la de Cortázar (apreciar es, en ocasiones, un ejercicio extremadamente subjetivo), la más bella.

Pablo Cortés Gamas
5to. año - Letras

